



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



6 de abril de 1889



Núm. 75



EL MUÑECO

Ayuntamiento de Madrid



UN RATO DE CHARLA

MIENTRAS aquí nos preparamos á celebrar dignamente la coronación de nuestro gran poeta nacional, en la China se disponen á conmemorar el ¡milésimo! aniversario de la *Gaceta de Pekin*.

¡Oh periódico respetable! ¡Y cuántas mentiras no habrás insertado en tus columnas! ¡A cuántos chinos no habrás engañado... como á tales!

Eso no quita que la *Gaceta de Pekin* deje de haber prestado inmensos servicios al país que tiene la dicha de ser regido por todo un *Hijo del Sol*. La prensa adolece de graves inconvenientes; pero, hecho el balance, resultan mucho mayores las ventajas que proporciona.

Gracias á la prensa, mucho más que al Parlamento, se hacen del dominio del público chanchullos y agiotajes que de otra suerte pasarían inadvertidos; gracias á ella puede traslucirse lo que hay en el fondo de ciertos incomprensibles misterios, y la gente sabe á qué atenerse.

Además, se hace simpática la prensa porque persiste en su misión á prueba de ingratiitudes. La mayor parte de los monicacos endiosados que vemos darse lustre por ahí, lo deben todo á los bombos de los periódicos, que, una vez encaramado, hace alarde de despreciar.

Nadie sería capaz de presumir los *papelitos* que guardan (si no los rompen) los periodistas, escritos de puño y letra de altos y sobajados señores, pasmo de la ciencia, faro de la política, prodigio de la oratoria, prodigándose á sí mismos las más desaforadas alabanzas. El pobre periódico carga con la responsabilidad del elogio: quizás este surte efecto á puro repetido (*gutta cava lapidem*); pero una vez el panegirizado coge la codiciada breva... ¡quite allá el periodiquillo!

Es de suponer que cuando la *Gaceta de Pekin* ha vivido mil años será porque cuenta con el favor del público, lo cual denota en el país de los mandarines una ilustración muy distinguida. Y así es, en verdad, pues en los pueblos cultos ejerce suma influencia la prensa. Así en Inglaterra

es el *Times* uno á manera de oráculo, y en los Estados Unidos lo mismo el *New-York Herald*.

En España hay poca afición á leer: estorba sumamente lo negro. Un periódico que tire 60,000 ejemplares es un verdadero fenómeno. En cambio, en Italia, el *Secolo* tira 150,000, y eso que se publica en una ciudad subalterna, en Milán. En Francia, no digamos: el *Figaro* es un periódico universal.

Bismark, que sabe lo que influye la prensa á pesar de los formidables denuestos con que suele saludarla, tiene á sueldo multitud de periódicos, que llama sus *reptiles*, por más que todo el mundo les conoce el juego.

Aún, buscando bien, se encuentran en nuestro país personas que hacen alarde de no leer periódicos: en su mayoría suelen ser ministros, médicos viejos, jugadores de dominó, comerciantillos retirados ó viejos verdes. Es fácil comprender los motivos de su abstención: los ministros saben ya bastante; los médicos viejos se quemaron las cejas estudiando hace cuarenta años algunos libros anticuados, sin que hayan comprado jamás otros nuevos; el dominó es una pasión frenética que no deja tiempo para pensar más que en colocar el doble seis; los comerciantes retirados miran con desprecio á cuantos no han conseguido hacerse aún con una rentita de siete pesetillas; y los viejos verdes... ¡pues!

Yo de mí sé decir que leo con deleite los periódicos, es decir, uno ó



El muñeco



dos periódicos, y en ellos aprendo cosas muy curiosas que sentiría no haber sabido. Uno, especialmente, es para mí de inapreciable valor... ¡por su sección religiosa!

Ignoro cuál será la *confección* del periódico milenario de Pekín; pero suponiendo que conserve sus primitivas secciones (lo cual, tratándose de chinos, es lo más seguro), debe ser cosa curiosa, pues nada más entretenido que un periódico viejo, á la antigua.

Fijándonos en lo que pasa en España, un periódico viejo constituye una verdadera sorpresa, comprobándose con perfecta evidencia el gran cambio ocurrido en breve tiempo en las costumbres. Hasta en la redacción de los anuncios se echa de ver la manera cómo se ha ido transformando el carácter de las gentes.

Y no se diga que los periódicos son los culpables de lo que vemos, de ese afán de exhibirse, de esas exageradas alabanzas que vemos figurar en sus columnas: el periódico es un simple eco de la sociedad, y las recriminaciones que pueden dirigirsele caen de lleno sobre el público que gusta de semejante estilo.

Cada época tiene sus órganos de expresión: parece una paradoja, y, sin embargo, quizás en el fondo sea una realidad. Un autor contemporáneo no ha titubeado en decir que los profetas de Israel eran puramente unos periodistas de aquel tiempo; y como á mi entender la cosa tiene bastante fundamento, de ahí que se me antoje ver en ciertos periodistas nuestros á Jeremías, Isaías y Ezequieles redivivos.

¡Quién sabe si en la *Gaceta de Pekín* no habrá quizás una sección de *Salmos* sobre administración y unos *Trenos* sobre los tribunales del Celeste Imperio y unos *Anatemas* sobre los municipios chinoscos!

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



LA HUCHA

De la antigua hablo, por supuesto, ya que las modernas *son*, pero... apenas si se llaman *huchas*. Debéis haberlas visto: son preciosas cajitas de doble fondo, con adornos niquelados; pájaros con resortes debajo de sus alas, y negritos que os tienden la mano y luego se la llevan á la boca tragándose la moneda que en ella habéis depositado. Estos recientes inventos de la mo-



El chico y el pavo

da juguetil no deben seros simpáticos: comprendo perfectamente vuestra indiferencia y aversión hacia ellos. La circunstancia más recomendable de un juguete es que se os permita romperlo y destrozarlo á vuestro gusto: los que tienden á la pretensión de ser, á la par que juguete, *adorno*, no os dejan, vuestros papás que juguéis con ellos, y ya se ve, que los juguetes no son para *mirados*.

La hucha es el más económico de los juguetes y el que más gratas sorpresas puede reportaros.

Os inclina al ahorro, que es una virtud muy recomendable cuando se ejerce con moderación y os hace prácticos en el cálculo sin que de ello os aperciabáis.

¿Que exteriormente no tiene el encanto de otros juguetes? Tampoco los otros juguetes tienen su encanto interior.

Que se os rompe un juguete lujoso: ¡qué pena y que disgusto os ocasiona verle desaparecer! En cambio, romper una hucha no ha sido nunca una contrariedad: al contrario, es uno de los incidentes que mayor alegría y satisfacción causan á un niño.

En su fondo guardaba la moneda que para Pascuas le regaló el abuelo en cambio de una décima trazada en deliciosos garabatos y á través de cuyas mayúsculas asomaba indiscreto el fino perfil de las que diseñó el lápiz del profesor; allí guardaba la que le dió mamá la última vez que estuvo enfermito y que se negaba á tomar unas medicinas muy amargas prescritas por el doctor; allí la que le dió papá el día de Año Nuevo, y otra, debida á mamá también, en cambio de un diente que se dejó arrancar sin que apenas se le moviera; confundidas con la debida á su hermano mayor en premio de haber callado una travesura de la cual fué testigo y víctima á la par; y otras y otras debidas á diversas circunstancias, pero todas de tan grata y feliz memoria que, al aparecer de nuevo á su vista, aun debiéndolo á una contrariedad, se conmueve dulcemente su corazón.

Reunidas insensiblemente estas monedas, en conjunto forman casi un caudal (un caudal con relación á vuestras necesidades, por supuesto), que os permite no solamente adquirir otra hucha, si que también comprar nuevos y variados juguetes, libros, lápices, ó lo que mejor responda á vuestras aficiones.

Tales circunstancias hacen que la hucha ocupe siempre el lugar preferente entre los juguetes de un niño previsor.

Y los niños deben ser previsores: no deben preocuparse sólo por sus alegrías de hoy: es preciso que aseguren sus gratos pasatiempos para mañana.

Y ¿cómo se consigue esto?

Los juguetes son muy frágiles y se descomponen con gran facilidad, y un juguete estropeado es siempre el más enojoso de los estorbos. Además, no todos los niños se divierten jugando: los hay que estiman como la mejor expansión coleccionar sellos ó cromos, dibujar, construir diversas chucherías, etc., etc. Los unos y los otros no hallan siempre dispuestos á sus papás para comprar nuevos juguetes ni facilitarles lo que desean para adquirir lo que les hace falta, siendo estas inevitables contrariedades la nota triste de sus alegrías, ya que los niños, al igual que los grandes, ambicionan con más tenacidad y afición lo que más difícil les es conseguir.

Sin embargo, para poder satisfacer sus aficiones, tienen los niños un recurso del cual carecen los hombres.

La hucha.

No lo dudéis: es el único *seguro seguro* para garantizar la realización de las ambiciones infantiles.

TRINIDAD DE LA ROSA



LO DE TODOS LOS AÑOS

(FANTASÍA PRIMAVERAL)

Cómo trabajaban aquellos cientos de millones de obreros invisibles! ¡Qué actividad la suya! ¡Si no se daban punto de reposo para concluir la gran obra de aquel inmenso escenario! Y no era el suyo un trabajo precipitado ni mal hecho, que era lo que se llama una cosa á conciencia y hacía ya tiempo que trabajaban en ella con esmero. Estaba ya muy adelantada la obra, y por todas partes redoblábase el esfuerzo y el trabajo, que se manifestaba espléndidamente en despliegues de verdes brotes, en germinación de semillas, en perfumadas florecencias, en arabescos de hojas y en brillantes tonos de color bañados de luz.

Todo se ejecutaba con precisión como á impulso de una orden imperiosa dada por un gran director de escena que no descuidaba ni los más mínimos detalles, y cuya impaciencia demostraba hablando de esta manera:

—Pero ¿qué hacen esos señores árboles que no se ponen su traje de verdes botones? Pues ¡estará bonita la función si ellos se presentan sin vestir! ¡Vamos, daos prisa, que tenemos poco tiempo de que disponer! Nada, nada de indecisiones ni medias tintas: emplead sin miedo los colores más vigorosos para que produzcan efecto con la luz. No importa que abuséis de los verdes frescos ni que prodiguéis demasiado las flores, que así estará todo más en carácter cuando salga á escena el Amor á representar el principal papel en esta grandiosa ópera titulada *Primavera*, cuya música se encargan de ejecutar todos los pájaros en bosques y prados, y cuya letra escriben gratis todos los poetas de la tierra. ¡Bravo! Ya han llegado las golondrinas, que dejan sus posesiones de Africa para asistir á nuestra fiesta. ¡Hombre! Aquí viene ese pillastre del viento. Verdad que es un gran tramoyista, sobre todo en la temporada de invierno; pero también es desmañado como pocos: ahora le tiemblo, porque, á la mejor, ¡zas! me destroza una decoración. ¡Eh, señor viento! ¡Corra



El gato y el perro

V. allá esas bambalinas de nubes plumizas, y que no me quede nada de toda esa celajería de tempestad, para que luzca el azul del cielo con la brillantez del raso! ¡Ah! No se olvide V. de dejar aquí ó allá algún que otro jironcillo de nube que á modo de encaje blanco rompa la monotonía de lo azul, que eso siempre hace bien cuando es cosa ligera: ¿comprende V.? Luego déjeme en libertad á ese granujilla de céfiro, y cuidado con que vaya V. á hacerme alguna barrabasada.

Y seguía el bueno del director dando órdenes y haciendo todo género de advertencias, como viejo y hábil artista muy ducho en combinar efectos de luces y colores.

La obra salía á maravilla y casi estaba á punto de terminarse, por más que estos ó aquellos árboles presentaban aún su ramaje desprovisto de hojas; pero pronto se vió todo concluido, sonó la sinfonía y se descorrió el telón. ¡Qué sinfonía más *disparatadamente* hermosa! Sin estar sujeta á reglas de arte, desordenada, con *crescendos* extraordinarios y *pianísimos* incomprensibles, como música ideada por algún revolucionario de la armonía para desesperar á los que traten de imitarla; porque esta sinfonía es inimitable por estar hecha con los trinos del ruiseñor, las sonatas del mirlo y toda esa algarabía de notas producida por jilgueros, alondras y otros músicos con plumas.

¡Qué hermoso está el escenario! ¿Queréis saber lo que pasa allí? Pues es lo siguiente:

El Sol y la Tierra son dos amantes espirituales: él le hace caricias de luz y ella le envía suspiros de perfume. Pero la verdad es que no todo es amor puro, porque el Sol, que empieza por acariciarla suavemente, concluye por... comérsela á besos ardientes y apasionados; y es claro, la madre Tierra, que es honesta de suyo, se ruboriza y se pone de mil colores, tales como el rojo subido de las amapolas y el blanco mate de las azucenas. Y esto pasa en medio de una decoración que es una maravilla de color, un derroche de luz que se convierte en iris al iluminar los surtidores de agua y deshacerse ésta en hebras de cristal y en cascadas de perlas, y brilla como polvo dorado sobre el verde esmeralda de las hojas.

Aparece en escena el Idilio con su corte de palomas que se arrullan, de pájaros que se ocultan entre las hojas para decirse con su lenguaje de trinos y picotazos cosas que sólo ellos entienden; y todo se anima y enardece. Es que el Amor está haciendo de las suyas, porque lo ocupa todo y está en todo: en los pliegues del aire, en las linfas cristalinas, en las mariposas blancas que se persiguen como tropa de chiquillas traviesas con su traje de la primera comunión, y hasta en las flores. ¡Eche V. flores! ¡Si no se ve otra cosa! Pero las que más abundan son las rosas, que unas recuerdan rostros infantiles, y otras, húmedas de rocío, parecen desposadas que se incorporan en el lecho nupcial, con las mejillas llenas de rubor y de lágrimas.

Entre raudales de luz y de sonidos, llega al público una oleada de perfume que lo envuelve y le hace prorrumpir en un ¡bravo! de entusiasmo. En tanto el director de escena, colocado á cierta distancia, dirige una mirada á todo aquello para juzgar del efecto, y exclama entre satisfecho é indiferente:— ¡Psh! ¡Lo de todos los años!

ANTONIO FERNÁNDEZ NAVARRO



Dionisio

EL DÍA DEL SANTO

MONOLOGUITO

—Muy buenas tardes, mamita.
Recibe en la mano un beso,
y, aunque el besar es exceso,
permíteme que repita.

¿Que soy zalamero? ¡Quia!
Nos lo manda el señor maestro,
y, además, siempre demuestro
el cariño así, mamá.

¿Me admites en tu regazo?
Sí: ¿verdad? Ya me coloco.
Mira, por tenerme un poco
te voy á dar un abrazo.

¿Que no es mucho? Yo colijo
que sí, pues tú has afirmado
que el tesoro más preciado
son las caricias de un hijo.

No dirás que ahora soy malo,
ni travieso, enredador...

¡Ah! ¿Sabes? Al profesor
tengo que hacerle un regalo.

¿Te sonríes? ¡Maliciosa!
El sábado son sus días
y hay que llevar ¡no te rías!
á don Justo cualquier cosa.

¡Si no me atiendes me quito!

¿Que saldrá caro mi beso?
¡Es que no lo hice por eso,
mamita; no, lo repito!

Mira, en casa de Isidoro
se ha acordado en reunión
el regalarle ¡un bastón
con la empuñadura de oro!

Jamás don Justo ha esgrimido
contra un niño la palmeta,
y si deja alguno á dieta
es porque lo ha merecido.

Verás: ayer encerró
á Gil, que es desaplicado
y nunca en el encerado
sabe explicar ni la o,
y, al poco tiempo de estar
solo Gil, entró don Justo,
y en vez de darle un disgusto
fué y le dió de merendar.

¿Qué tal, mamá? ¡Es un bendito!
Usa siempre buenos modos,
y así le queremos todos
y nunca alzamos el grito.

¿Qué dices? ¡No soy bribón!
Con muy poco me contento.
¡Ya ves, somos más de ciento
para comprar el bastón!

¿Consientes? ¿Sí? ¡Qué buena eres!
Ahora yo te doy á cuenta
un abrazo, ¡diez! ¡cuarenta!
porque te quiero y me quieres.



¡Ese día no hay lecciones!
¡Por mañana y tarde asueto!
En fin, un día completo
libre de cavilaciones.

¡Tendremos la gran función,
y, mamá, me á va dar gusto
el ver la cara á don Justo
cuando contemple el bastón.

Valladolid

FLORENTINO LLORENTE (FLORETE)

DESDE LA INFANCIA SE DEMUESTRAN LOS SENTIMIENTOS

CUENTO

HABÍA en Madrid un caballero que era bastante rico, llamado D. Simón. Era muy trabajador. Tenía dos niños de distinto sexo. La niña contaba diez años y se llamaba Margarita; niña sumamente aplicada, laboriosa y muy caritativa con los pobres. El niño, Eduardo, tenía once años, y ayudaba á su padre en su arte, pues éste era escultor.



Mala elección

María, su mamá, era una señora muy amable y cariñosa. Todos los días iba á hacer limosnas á los pobres, á las que le acompañaba su hija Margarita.

Un día que los dos hermanitos estaban jugando sentados sobre la yerba del jardín, vieron venir hacia ellos un niño sucio y andrajoso. Los dos niños se le quedaron mirando, pues daba lástima de verle. Se reunió á ellos, pidiéndoles una limosna. Entonces Margarita fué corriendo á su casa y le dijo á su mamá que bajase al jardín con ella. La mamá, que era muy complaciente, le chocó que su hija le dijese aquello. Cuando llegaron al sitio donde estaba su hermano, le indicó el niño. Su mamá se acercó al pobre, y le dijo con acento suave y cariñoso:

- ¿Tienes padre?
- No, señora,—respondió el niño.
- ¿Y madre?
- Tampoco.
- ¡Pobrecillos!

—Se murieron hace dos años, y nos dejaron solitos á mi hermana y á mí, sin nada para comer ni para vestirnos.

El niño rompió á sollozar, y los otros dos niños, no pudiendo contener sus lágrimas, las enjugaron con las del pobre huerfanito. La mamá, conmovida de ver á sus hijos así, los abrazó con ternura, y en seguida le dijo al niño que trajese á su hermanita. Obedeció inmediatamente, volviendo poco después con ella de la mano. La buena señora les preguntó que cómo se llamaban. El mayorcito respondió:

—Mi hermana Emilia, y yo Paco, para lo que Vds. gusten mandar.

—Desde hoy ésta será vuestra casa: ya no tenéis que buscar de comer.

Los niños le dieron las gracias. La mamá de Margarita les subió á su cuarto y les vistió. Entonces los niños fueron al jardín hasta la hora de comer.

Al día siguiente las dos niñas fueron al colegio muy contentas. Cuando llegaba Margarita, todas las niñas iban á darle un beso; pues como era tan buena, todas la querían. Después dieron un beso á Emilia. Margarita se la enseñó á su profesora, y ésta le preguntó que si sabía leer y escribir, contestando que regular.

Margarita iba cada día creciendo, y al mismo tiempo adquiriendo más conocimientos: tenía catorce años, y ya sabía montar á caballo, el inglés, francés, italiano, alemán y portugués, tocar el piano y el arpa admirablemente, también el dibujo y la pintura, y hacía unas poesías muy lindas.

Su hermano, Eduardo, tenía quince años y se ganaba el sustento, aunque no le hacía falta.

Sus padres se fueron al Puerto de Santa María, donde eran unos de los más ricos del país.

Todo el mundo admiraba á Margarita por su sabiduría y virtud, igual que á sus papás y hermanito.

Paco y Emilia vivieron con ellos despues de educados. Estaban muy contentos porque no les faltaba nada, y admiraban á la bondadosa Margarita, que es un verdadero modelo de niñas aplicadas.

Imitémosla con su ejemplo en bien de la humanidad, toda vez que nuestro sexo es el llamado á formar el corazón de las tiernas criaturas y hacer buenos ciudadanos para la patria, que es la segunda madre que tenemos al nacer.

AMALIA BASCUÑANA

Tenerife, marzo de 1888.



* NUESTROS GRABADOS *

EL MUÑECO

Susana había tenido muchas muñecas, pero todas ellas duraron muy poco. La más fuerte quedaba inválida en una semana ó antes; y, á fin de economizar un poco, la mamá hizo para su hija un muñeco de trapo que no era tan fácil de romper. Cierta día la niña le dejó caer por descuido en un barreño de agua, y, aunque exprimió ésta cuanto le permitían sus escasas fuerzas, no pudo secarle. Para conseguirlo mejor ocurriósele á Susana la idea de atarlo con una cuerdecita en un botón de la levita de su padre.

Como el muñeco era muy pequeño y pesaba poco, el papá no lo echó de ver cuando se vistió para salir; y, apenas estuvo en la calle, extrañóle que todos le miraran, señalándole los chuscos con el dedo. Al fin un transeunte le dijo cuál era la causa de que excitase la risa. Papá desató el muñeco, y su primer impulso fué arrojarle; pero pensando después que tal vez ocasionaría un sentimiento á la niña, guardólo en el bolsillo. Llegado á casa, lo entregó á Susana, no sin una ligera reprensión, amenazándola con destruirlo si otra vez elegía su levita para tendedero.

EL CHICO Y EL PAVO

Para el muchacho Antonio el más agradable pasatiempo era bajar al corral para ver los patos y las gallinas; pero el ave que más le entretenía era un pavo, ya viejo, cuyo aspecto tenía algo de majestuoso cuando erizaba su plumaje. El animal había fijado con frecuencia su atención en las medias de Antonio, que eran encarnadas; y cierto día, como le viese cerca, hinchóse cuanto pudo y se precipitó contra él en ademán amenazador con tal fuerza que le derribó en el suelo.

El chico empezó á gritar tan desesperadamente que su madre y sus tías bajaron presurosas creyendo que habría ocurrido alguna desgracia, y al entrar en el corral vieron al pobre Antonio con los pies en el aire, poseído de terror. La mamá ahuyentó con una escoba al pavo y llevóse á su hijo para consolarle; pero desde aquel día ya no quiso acercarse más á su ave favorita.

EL GATO Y EL PERRO

Tigre es un perro blanco y negro, tan cariñoso como juguetón; pero tiene la manía de perseguir á todos los gatos, aunque sólo por el gusto de hacerlos correr.

Cierta día *Tigre* iba con su amo, cuando de pronto, como viese un gato blanco á la puerta de una casa, abalanzóse hacia él de un salto. El animal huyó, y, llegando al corral, trepó por un árbol que había en el centro. *Tigre*, que le iba á los alcances, quiso hacer lo mismo, creyendo, sin duda, que le sería fácil; pero cuando quiso cogerse á la corteza, rodó por el suelo, con lo cual aprendió á su costa que no todos los animales están igualmente dotados y que los perros no trepan como los gatos.

DIONISIO

—Mirad á Dionisio, muchachos,—decía una madre á sus hijos; ved qué contento va con su perro. Cierta que el pobre está un poco andrajoso: lleva los zapatos rotos y la gorra agujereada; pero no envidia á los demás, porque tiene buenos sentimientos. En la escuela no hay ninguno más aplicado, es obediente á sus padres, y siempre se le ve alegre y feliz en medio de su pobreza. Seguid su ejemplo y seréis tan dichosos como él.

MALA ELECCIÓN

—¿Dónde anidaremos esta vez?—preguntaba una avecilla á su macho.—¿Qué te parece mejor: la copa de un pino cerca del mar, ó la espesura del bosque?

—Prefiero la intermediación del mar,—contestó el otro,—porque allí estaremos más libres de enemigos.

Y las aves anidaron lo más cerca posible de la orilla del agua, en la copa de un árbol; pero á los pocos días sopló un fuerte huracán, que arrastró el nido hasta la playa, donde las pobres aves, aturdidas y mojadas, apenas podían moverse. Una niña que buscaba conchas, compadecida de los pobres animales, los atrajo á sí, enjugó cuidadosamente su plumaje y llevólos al bosque, donde los dejó en libertad, dando con esto un prueba de sus generosos sentimientos.

CAPRICHOS INFANTILES

Lucila era una niña muy dócil y juiciosa, y sobre todo muy sociable, pues siempre quería estar bien acompañada. Cuando su mamá debía llevarla á paseo, sentábase en una butaca y esperaba tranquilamente hasta que sus padres acababan de vestirse. Algunas veces Lucila, sin embargo, tenía caprichos algo extravagantes, y de ello dió una prueba el día de su santo. Habiéndole preguntado su mamá qué desearía mejor, contestó que quisiera comer á la mesa con su muñeca, su perro y su gato. Esto pareció ridículo; pero la niña insistió de tal modo que la mamá consintió en complacerla, y dispuso que pusieran la mesa en el jardín, debajo de un frondoso árbol. Lucila había convidado á una amiguita suya, y puso una silla para el perro, otra para el gato y una tercera para su muñeca. Sirvió de comer á esta última y á los animales como si fueran personas, y con esto quedó más contenta que si le hubiesen hecho muchos regalos.



LOS GUANTES DE LIMERICK

(Continuación)

Con todo, después de reflexionarlo bien, cayóse en la cuenta de que no había motivos legales para llegar á aquel extremo. Consultóse, en fin, á un procurador, hombre hábil, que sugirió un admirable expediente para conseguir el objeto que se proponían.

Nuestro irlandés no poseía desgraciadamente esa puntualidad en el pago de las deudas que es una de las primeras cualidades del comerciante inglés. Había el año anterior hecho una larga cuenta en casa de un tendero de ultramarinos de Hereford, y, como se encontraba sin fondos en la época de Navidad, había firmado un pagaré á seis meses fecha. El tendero, á instancia del Sr. Hill, endosó el pagaré á su orden y decidióse que se le exigiera el pago al momento, falto lo cual sería detenido el Sr. O'Neill el mismo día. ¿Cómo

el Sr. Hill, que pretendía que el irlandés tenía dinero á discreción, llegó á descubrir el crédito del especiero? Esto es lo que no trataremos de explicarnos, pero la pasión y las preocupaciones saben poner de acuerdo sin la menor dificultad las contradicciones más manifiestas.

Cuando el dependiente del Sr. Hill se presentó á cobrar el importe del pagaré, la cabeza de Brian O'Neill estaba llena con los preparativos del baile que daba aquella noche. Quedó muy sorprendido con la presentación del pagaré: no se había ocupado en procurarse dinero. Después de haberse deshecho en denuestos contra el especiero y el curtidor, cuya conducta no podía explicarse en aquella circunstancia, puso al dependiente de patitas á la calle, diciéndole no le molestase en semejantes momentos, que no tenía dinero para darle ni tiempo para ocuparse en aquel negocio.

Aquel lenguaje y aquellos procedimientos debían excitar el asombro de un dependiente de comercio inglés. La conducta del Sr. O'Neill, como hizo observar á su principal, parecía mejor de un loco que no de un hombre de negocios. El Sr. Hill tomó al momento sus disposiciones, según se había convenido con las cabezas gordas de Hereford.

La misma noche, al salir O'Neill de casa del perfumista llevando del brazo á la Srta. Juanita, sintióse que le golpeaba en el hombro una mano que no era la de un amigo. Volvióse, y se le dijo que quedaba preso por orden del rey. Al oír esas palabras se puso fuera de sí y exclamó con tono amenazador:

—¡No, no soy preso por el rey! ¡Soy preso por ese redomado tunante de curtidor, Jonathás Hill! Nadie sino él habría cometido la indignidad de mandar detener á un hombre de bien en la calle por una bagatela que no vale la pena de ser mencionada siquiera.

La Srta. Juanita Brown puso el grito en el cielo cuando se vió bajo la protección de un hombre á quien acababan de prender. Sus lamentos y la cólera de Brian O'Neill promovieron escándalo, y se agolpó una muchedumbre en torno de ellos. Algunos segadores irlandeses, que de vuelta del campo habían entrado á echar un trago en una taberna vecina, se mezclaron con los curiosos. De común acuerdo se pusieron de parte de su compatriota, y á toda costa querían arrancarlo de manos de los corchetes. Felizmente Brian O'Neill recobró bastante sangre fría é imperio sobre sí mismo para contener su arrebato y convencerles, en nombre de su amistad, de que no interviniesen en su defensa, ni con palabras ni con actos.

Envío á uno de los segadores á casa de su madre para informarla de lo



Caprichos infantiles

que acababa de ocurrirle y rogarle que se procurase cuanto antes una fianza suficiente. Los alguaciles, en efecto, le habían manifestado que no podían perderle de vista si no sacaba un fiador responsable ó no pagaba el importe de su deuda con los gastos.

La viuda de O'Neill acababa de encender las bujías en la sala de baile cuando recibió la noticia del arresto de su hijo. Pasaremos en silencio sus exclamaciones, pero se consoló pensando que sería la cosa más fácil del mundo encontrar una fianza para el señor O'Neill en una ciudad donde contaba con



Caprichos infantiles

tan numerosos amigos, ávidos de ir á bailar á su casa, pero no tardó en echar de ver que bailar en casa de uno y servirle de fiador eran dos cosas muy diferente una de otra. Todos los invitados enviaron sus excusas, y la viuda O'Neill se sorprendió de lo que no sorprende á nadie cuando le ocurre algo semejante al prójimo.

—¡Ah! Antes que dejar á mi hijo en tal situación por una tan miserable deuda, exclamó,—voy á venderle en media hora á un prendero todo cuanto poseo.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramon Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA.
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTISTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitografico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes. 365 á 371.—BARCELONA